

IRMA CORREA y NANDO LÓPEZ

con la colaboración de MIGUEL DEL ARCO

Federico *hacia* Lorca

a partir de textos de **Federico García Lorca**



I

Este es mi país

Suenan, muy cerca, los aullidos de los perros.

FEDERICO, bajo la mirada atenta de la LUNA, se dispone a despedirse de quienes, por amistad o por miedo, quisieran retenerlo y, lleno de anhelos para los que aún necesita encontrar poemas, comienza su viaje en medio de una noche improbable y extraña.

FEDERICO

Recuerdo ahora las cosas que pasaron y me pregunto cuáles dejaron en mí una huella maligna.

Nada y nada dejaron.

Todo lo que soy lo tenía dentro de mí antes de nacer...

A veces me veo sumido en el espacio rojo de la admirable pasión quijotesca, pero hay algo que me consuela:

El mundo es enorme.

Y habrá gentes que sepan ver en mí la bondad de mi corazón.

Por eso yo huyo y huyo de lo que odio.

Pero lo que odio me besa y me besa y me besa...

Y este, no otro, este es mi país.

El país donde las mujeres van desnudas y llevan azucenas en sus cabellos y violetas cubriendo sus sexos.

El país donde los hombres van desnudos y son de bronce con lanzas de platino que brillan con el sol.

Este es mi país.

El país donde un hombre y una mujer se besan bajo un emparrado de naranjas.

Y yo me llamo felicidad. Amor. Ilusión.

Yo soy el color de esos novios.

El color de todos los adolescentes.

En mi seno está escondida esta Arcadia feliz.

II

El Rinconcillo

1919. Quizá 1920. En el fondo del café Alameda, detrás del tabladillo en donde actuaba un permanente quinteto de piano e instrumentos de cuerda, había un amplio rincón donde cabían dos o tres mesas con confortables divanes contra la pared, y en aquel rincón plantaron su sede nocturna un grupo de intelectuales granadinos: los dos hermanos Lorca, Paquito Soriano, los periodistas Melchor Fernández Almagro, José Mora Guarnido y Constantino Ruiz Carnero, los futuros poetas o críticos José Fernández Montesinos, Miguel Pizarro y José Navarro Pardo, y los pintores Manuel

Ángeles Ortiz, Ismael González de la Serna o Hermenegildo Lanz, entre otros.

Ruido y alegría de café bullicioso.

JOSÉ FERNÁNDEZ

¿Y qué libro has traído hoy, Paquito?

PAQUITO SORIANO

Pues, a ver... Música, poesía, pintura, arqueología, lenguas y literaturas orientales, política... (*Sacando un libro*) No, hoy, Marqués de Sade.

JOSÉ MORA

¡Lo erótico!

PAQUITO

Carnal, carnal.

MANUEL ORTIZ

¡A verlo! (*Se abalanza sobre el libro*)

PAQUITO

(*Quitando el libro de la mesa*) Que no tiene dibujos...

MIGUEL PIZARRO

Bah, lo carnal no tiene poesía.

FEDERICO

Sade es un poeta.

MANUEL ORTIZ

¡Que yo no quería ver los dibujos!

JOSÉ MORA

(*Riendo*) No, ¡ni yo!

PAQUITO

(*Lee*) *A los libertinos. Voluptuosos de todas las edades y de todos los sexos, a vosotros solos ofrezco esta obra: nutríos de sus principios, que favorecen vuestras pasiones; esas pasiones de las que fríos e insulsos moralistas os hacen asustaros, no son sino los medios que la naturaleza emplea para hacer alcanzar al hombre los designios que sobre él tiene; escuchad sólo*

esas pasiones deliciosas, su órgano es el único que debe conducirnos a la felicidad.¹

JOSÉ MORA
Muy carnal, sí.

MIGUEL
Maravilloso. Esas pasiones deliciosas que nos conducen a la felicidad.

HERMENEGILDO
(*Pensativo*) Voluptuosos...

CONSTANTINO
Unos más que otros... (*Rien*).

MIGUEL
Soy el primero en llevarme ese libro a casa.

FEDERICO
¿Y eso quién lo dice?

MIGUEL
¡Yo!

FEDERICO
Menos mal que no le veías poesía a lo carnal...

(*Rien*).

MELCHOR
Para carnal, lo que os tengo que contar hoy.

TODOS
¡Chisme, chisme!

JOSÉ FERNÁNDEZ
Ya la liamos. A que hoy no leemos más.

MANUEL
Ya leeremos en casa.

¹ *La filosofía en el tocador*. Marqués de Sade. 1795.

FEDERICO

Melchor, cuéntanos ya.

MELCHOR

Ya no me acuerdo.

(Carcajadas y abucheos de todos).

FEDERICO

¡Cuéntalo ya!

MELCHOR

Estaba ella tan triste... ¡tan triste estaba!

ISMAEL

Buenooo, como empecemos así...

MANUEL

Dinos ahora mismo quién es ella y con quién se ha liado.

PAQUITO

O se ha dejado de liar.

CONSTANTINO

¿Isabel?

MIGUEL

¿Alicia?

ISMAEL

¿Anita?

(Silencio. MELCHOR se hace de rogar)

MELCHOR

¡Laurita!

TODOS

¿Quéeeeeeeee?

ISMAEL

¡No puede ser! ¡Pero si esa no mira nunca a ningún hombre!

JOSÉ MORA
A ninguno...

MIGUEL
¿Laurita?

HERMENEGILDO
Laurita

CONSTANTINO
¿Pero con quién?

MELCHOR
Con uno.

MANUEL
Sí, porque dos ya me parece un milagro.

MIGUEL
Te reviento.

PAQUITO
Ay, la Laurita...

CONSTANTINO
Laurita, Laurita.

HERMENEGILDO
Bueno, a ver, quién ha sido el elegido.

(Silencio).

MELCHOR
No me acuerdo.

TODOS
¡Melchor habla ya!

MIGUEL
Yo estoy de luto total.

(Silencio).

MELCHOR
¡Con Prudencio!

(Silencio).

JOSÉ MORA
No puede ser.

FEDERICO
¿Y por qué no?

JOSÉ MORA
Porque es feo muy feo.

PAQUITO
Y cojo muy cojo.

(Ríen)

FEDERICO
¿Y eso qué tiene que ver?

MIGUEL
Ay, Federico y el amor...

FEDERICO
Es que no sé qué tiene que ver la cojera con los besos.

(MANUEL empieza a entonar una canción).

MELCHOR
Lo bueno del asunto es que no ha sido lo que se dice un encuentro feliz.

MIGUEL
Claro, lo habrá largado al día siguiente y ya.

JOSÉ MORA
Yo creo que no ha llegado ni al día siguiente.

MELCHOR
Frío, frío.

CONSTANTINO

¿No? ¿Tres días?

ISMAEL

¿Una semana?

CONSTANTINO

¡Qué va a estar con ése una semana, hombre!

FEDERICO

¿Un año?

ISMAEL

¿Dos?

HERMENEGILDO

¡Llevan toda la vida!

MANUEL

Qué barbaridad, estamos en la inopia más absoluta...

PAQUITO

¡Dilo ya!

(Silencio).

MELCHOR

La ha dejado él a ella.

TODOS

¿Queeeeeé?

ISMAEL

¡Pero eso no puede ser!

MELCHOR

¡Y tanto que puede ser! ¡Como que es!

MIGUEL

Yo no me lo creo.

MELCHOR

El qué.

MIGUEL

Que haya pasado eso. No con ella. Ella no le mira a ése ni del revés.

MELCHOR

Pues te lo digo como te lo cuento. Le ha roto el corazón.

FEDERICO

¡Ay!

PAQUITO

¡Ay!

(MANUEL empieza a cantar la canción. Los demás le siguen en tono de jolgorio).

JOSÉ MORA

Ay, lo que escribiría nuestro Rubén Darío con la historia de nuestra Laurita...

FEDERICO

Perlas puras.

MIGUEL

¡Leamos a Darío!

FEDERICO

A Rubén no hace falta leerlo. A Rubén te lo recito yo:

*Amar, amar, amar, amar siempre, con todo
el ser y con la tierra y con el cielo,
con lo claro del sol y lo oscuro del lodo;
amar por toda ciencia y amar por todo anhelo.*

*Y cuando la montaña de la vida
nos sea dura y larga y alta y llena de abismos,
amar la inmensidad que es de amor encendida
¡y arder en la fusión de nuestros pechos mismos!*

JOSÉ FERNÁNDEZ

Eso es un poeta.

PAQUITO

Esperad a que Federico llegue a Madrid. Él también escribirá catedrales.

FEDERICO

Yo no sé si quiero irme a Madrid.

MIGUEL

¿Qué dices?

FEDERICO

Quiero y no quiero. Aquí tengo mi raíz caliente, mi bravura... me da miedo perderla si me voy lejos.

MIGUEL

¡Qué vas a perder, hombre, qué vas a perder!

JOSÉ FERNÁNDEZ

¡Que se prepare Madrid, que llega Federico!

MELCHOR

Vas, porque también voy yo.

PAQUITO

A ti te vamos a nombrar cónsul general del Rinconcillo en Madrid.

MELCHOR

Pues no te creas que me desagrada el asunto.

ISMAEL

Y contaréis que pertenecéis a un grupo de jóvenes poetas de Granada, bravos y sedientos de vida, que se reúnen en una mesa del Café Alameda, en un rincón...

HERMENEGILDO

Federico, no dejes de escribirnos cuando llegues, no te vayas a olvidar de nosotros.

MANUEL

Eso, que voy y te arranco de los pelos...

FEDERICO

¡Pero cómo me voy a olvidar de vosotros si vosotros soy yo!

JOSÉ FERNÁNDEZ

¿Nos escribirás, Federico?

FEDERICO

Claro que os escribiré.

JOSÉ FERNÁNDEZ

Me refiero a poesías.

MIGUEL

La poesía no puede ir sin él, ni él sin la poesía.

MANUEL

A ver si te nos vas a volver tonto cuando llegues a Madrid... Un señorito.

FEDERICO

No, no. Mi poesía será popular, siempre popular. Con la aristocracia de la sangre del espíritu y del estilo, pero adobado, siempre adobado y siempre nutrido de savia popular.

PAQUITO

Federico, no te alejes, por tus muertos...

ISMAEL

¡Nosotros siempre estaremos contigo!

JOSÉ MORA

¡Claro! ¡Viva nosotros!

MELCHOR

¡Viva el Rinconcillo!

TODOS

¡Viva!

(Todos brindan. Quizá se arrancan por bulerías).

III

En el jardín de las toronjas de la luna

Tras despedirse de sus amigos, FEDERICO se dispone a comenzar un viaje cuyo destino ignora. La LUNA lo observa mientras él ultima su equipaje y ella, siempre atenta, se convierte en cómplice y testigo de la cacería lírica en la que ambos están a punto de internarse.

TODOS

Vuelve,
¡corazón!
Vuelve.
*Por las selvas del amor
no verás gentes.
Tendrás claros manantiales.
En lo verde,
hallarás la rosa inmensa
del siempre.
Y dirás: ¡Amor!, ¡amor!,
sin que tu herida
se cierre.*
Vuelve,
¡corazón!
vuelve.

FEDERICO

Me he despedido de los amigos que más quiero para emprender un corto pero dramático viaje.

LUNA

(Se cuela en su cuarto y recibe al viajero al que ha de acompañar. Será su particular Virgilio en el descenso a los círculos que compondrán, como espirales surrealistas, esta lírica noche.)

Sobre ese espejo de plata encontrarás el maletín con la ropa que debes usar en la extraña tierra a que te diriges.

(FEDERICO se dispone a hacerlo. La LUNA lo detiene.)

Siente antes cómo el perfume tenso y frío de la madrugada bate misteriosamente el inmenso acantilado de esta noche.

¿Lo sientes, Federico?

(Él asiente, conmovido por la intuición de una noche infinita.)

Mira cómo tiembla en la página tersa del cielo la inicial de una nube, y debajo de tu balcón un ruiseñor y una rana levantan en el aire un aspa soñolienta de sonido.

(Animándolo.)

Sólo te quedan los últimos preparativos.

FEDERICO

Los hago tranquilo y melancólico. Embargado por sutilísimas emociones de alas y círculos concéntricos.

LUNA

Debes sostener una gran lucha invisible antes de entrar en el jardín. Lucha extática y violentísima con tu enemigo secular, el gigantesco dragón del Sentido Común.

FEDERICO

¿Qué quieres de mí
que no me dejas, Luna?

LUNA

Tú sabes la respuesta
que no conocen ellos.
(*Con la certeza de una profecía.*)
Yacerás esta noche
sobre un lírico lecho.

FEDERICO

(*Rebelde.*)
¿Qué niño durmió nunca
en una flor su sueño?
(*Ilusionado ante la esperanza que encierra toda partida.*)
Esta noche siento que una emoción aguda y elegíaca por las cosas que no
han sido, buenas y malas, grandes y pequeñas, invade los paisajes de mis
ojos casi ocultos por unas gafas de luz violeta.
Una emoción amarga que me hace caminar hacia este jardín que se
estremece en las altísimas llanuras del aire.
Por un momento, contemplando ese paisaje abandonado e infinito, he visto
planos de vida inédita, múltiples y superpuestos como los cangilones de
una noria sin fin.
Aunque antes de marchar...
(*Intuye, presiente algo... O a alguien.*)
Antes de marchar siento un dolor agudo en el corazón.

MADRE

(*La intuición de FEDERICO se vuelve real y la imagen de su MADRE se
hace presente en el corazón dubitativo del poeta.*)
Hijo mío,
hay cuatro caballeros
con espadas de agua
y está la noche oscura.
Las cuatro espadas hieren
el mundo de las rosas
y te herirán el corazón.
¡No bajes al jardín!

FEDERICO *hace el amago de regresar a casa, pero la LUNA lo detiene:
el impulso de vida, el impulso de muerte.*

LUNA

Tu familia duerme.

FEDERICO

¿Mamá?

LUNA

(Haciéndolo callar.)

¿No ves que toda la casa está en un reposo absoluto?

Seré yo misma quien, revelando torres y contando una a una las hojas de los árboles, te ponga un crujiente vestido de encaje lumínico.

FEDERICO

Algo se me olvida...

No me cabe la menor duda...

¡Tanto tiempo preparándome!

Y...

Luna, ¿qué se me olvida?

LUNA

Préndete en el ojal siniestro una gran rosa pálida.

FEDERICO

(Mirando la flor que le prende la LUNA.) Tiene un rostro enfurecido pero hierático.

Salen al jardín. El viento ruge con fuerza.

LUNA

Deberás tener cuidado, Federico.

Porque el viento se ha arrancado
la venda

y el dragón de los mil ojos
nos espera con sus lenguas
de viento.

La muerte nos va siguiendo
rasgueando su guitarra.

MADRE

(Su advertencia rompe el sueño y lo asoma, por un segundo, a la Historia.)

No vuelvas a Granada, Federico.

LUNA

(Apresurándolo.)

Ya es la hora.

FEDERICO

No tengo miedo, madre.

Me internaré si hace falta

por la hora mortal.

LUNA

(Amenazante.)

Grave hora en que sueñan
las campanas cautivas.

MADRE

No vuelvas a Granada.
Que yo te enviaré
para velar tu cuerpo
la mariposa enorme
de mi único beso.

FEDERICO

(A sí mismo. Despreciando los trágicos augurios de la LUNA y las advertencias de su MADRE, cogiendo fuerzas e internándose en esa selva de versos y recuerdos que lo aguarda.)

¡Por aquí has de pasar,
corazón!

LUNA y MADRE

(Ambas, convertidas una en espejo contrario de la otra: la MADRE que quiere detenerlo, la LUNA que pretende acompañarlo.)

¡Aguarda, Federico!

FEDERICO

¡Por aquí,
corazón!

Sale FEDERICO.

La LUNA va tras él.

La MADRE siente cómo le rompe el pecho la visión de un hijo muerto.

La cacería ha comenzado.